

# El autosuficiente

Javier García-Plata Polo

«Padre, madre, ya me voy. Muchas gracias por lo que me habéis dado cuando lo necesitaba. Gracias por vuestro amor y vuestras atenciones cuando era niño. Pero ya soy un hombre, un hombre de verdad. Yo ya soy autosuficiente. Yo ya me valgo solo. Adiós y gracias». Se fue a vivir a una ciudad lejana.

Allí casó. «Yo soy autosuficiente, no lo olvides nunca. Yo no te pido que te cases conmigo porque sea uno de esos estúpidos románticos que no saben vivir sin sus musas. Yo te pido que te cases conmigo porque quiero que me des buenos hijos. Si rechazas mis proposiciones, no te preocupes, seguro que pronto encuentro a alguna que quiera». Aquella mujer le amaba a pesar de todo. Aceptó y le dio hijos. «Hijos míos, yo os educo para que aprendáis a ser hombres de verdad. Hombres autosuficientes. ¡Como yo! No os quiero ver como esos borregos que se necesitan unos de otros. Tenéis que aprender a ser autosuficientes. ¡Aprended de mí si buscáis ser hombres de verdad! No necesitéis jamás de nadie, ni siquiera de mí. ¡Sed hombres de verdad! ¡Como yo!».

La casa en que vivían incendió y allí perecieron todos los de su familia. Él cavó sus fosas y los enterró. «Yo me valgo solo. Yo soy autosuficiente. Yo no necesito nada de nadie».

Muchos quisieron darle el más sentido pesame. «Fuera de aquí. Yo no os necesito. Guardaos vuestra compañía y vuestra compasión para cualquier miserable que las necesite. Yo soy autosuficiente. Yo me valgo solo. Yo no necesito de nadie». Y para demostrarlo se fue a vivir a la más alta cumbre de toda la nación.

La tierra sufrió un terremoto apocalíptico y sólo quedaron vivos él y un hombrecillo bajito, delgado, con gafas y apariencia de intelectual. «¡Fuera de aquí! Yo no te necesito para nada. Yo soy autosuficiente. Yo me valgo solo aún en estas». Se separaron.

Todos los días hablaba con Dios por lo menos un par de veces. «Oye, tú, diosecillo de tres al cuarto... Yo no soy como esa pobre muchedumbre que te creó porque necesitaban siempre de alguien. Por mí como si te mueres ahora mismo. Yo no te necesito. Ni a ti ni nada de lo que dicen que has creado. Yo soy autosuficiente. ¿Me oyes...? ¡Yo soy autosuficiente! Yo soy un hombre de verdad. Yo me valgo solo. ¡Yo soy un hombre de verdad, no te necesito!».

Un día se encontró a aquel hombrecillo con aspecto de intelectual. «¿Qué haces aquí? Yo no te necesito. Ni a ti ni nada que me puedas dar o prestar. Yo soy autosuficiente». «Simplemente venía a decirte que no hables más con ese Dios que han creado los hombres cobardes. Yo lo he matado. Dios ha muerto». El hombrecillo desapareció.

Todos los días, a la mañana y a la tarde se subía a la cumbre más alta que tuviera a la vista y comenzaba a gritar para que le oyera el hombrecillo. «Yoo sooy aauuttoosuficieente. Noo tee neecesiiitoo. Nii aa tii nii aa naadiiee».

Años después encontró muerto al hombrecillo con aspecto de intelectual y, sin dejar nunca de officiar aquel sagrado rito —por si acaso alguien le oía—, exploró toda la tierra. No encontró a nadie.

«Estoy absolutamente solo. Ya no puedo ser autosuficiente». Se dejó morir y murió. **A**